

conocer las cualidades del precandidato general Navarro, prefiero que el pueblo elija entre dos o más candidatos, para mayor esplendor del ejercicio democrático.

GUZMÁN.—La verdad es que tendría usted todos los votos, mi general.

GARZA.—No puede usted rehusar, ¿verdad, compañero Salinas?

SALINAS.—(Sonriendo.) Un hombre como César Rubio, que tanto hizo..., que hizo más que nadie por la revolución, no puede rehusar.

CÉSAR.—(Vacilante.) En efecto; pero puede rehusar precisamente porque ya hizo. Hay que dejar sitio a los nuevos, a los revolucionarios de hoy.

ELENA.—Tienes razón, César. No debes pensar en esto siquiera.

JULIA.—Pero ¿no te das cuenta, mamá? ¡Papá, gobernador! Debes aceptar, papá.

GUZMÁN.—Gobernador... ¿y quién sabe qué más después! Todo el Norte estaría con él. (CÉSAR da muestra de pensar profundamente en el dilema.)

ELENA.—(Que comprende todo.) César, óyeme. No dejes que te digan más... No debes...

MIGUEL.—¿Por qué no, mamá? (Inflexible.)

ELENA.—¡César!

CÉSAR.—(A GUZMÁN.) ¿Por qué ha dicho usted eso? Nunca he pensado en... César Rubio no hizo la revolución para ese objeto.

GUZMÁN.—Yo sí he pensado, mi general. Lo pensé desde que vi la noticia.

ESTRELLA.—El señor Presidente de la República me dijo por teléfono. Dígale a César Rubio que siempre lo he admirado como revolucionario, que en su reaparición veo un triunfo para la revolución; que juegue como precandidato y que venga a verme.

CÉSAR.—(Reacciona un momento.) No... No puedo aceptar.

GUZMÁN.—Tiene usted que hacerlo, mi general.

GARZA.—Por el Estado, mi general.

ESTRELLA.—Mi general, por la revolución.

SALINAS.—(Con una sonrisa insistente.) Por lo que yo sé de César Rubio, él aceptaría.

CÉSAR.—(Contestando directamente.) El señor diputado tiene todavía sus dudas sobre mi personalidad. Lo que no sabe es que a César Rubio nunca lo llevó a la revolución la simple ambición de gobernar. El poder mata siempre el valor personal del hombre. O se es hombre, o se tiene poder. Yo soy un hombre.

ESTRELLA.—Muy bien, mi general, pero en México solo gobiernan los hombres.

GUZMÁN.—Si tú tienes dudas, Salinas, no estás con nosotros.

SALINAS.—Estoy, pero no quiero que nos equivoquemos. Yo siempre he sido del partido que gana, y ustedes también, para ser francos. El general no nos ha dado pruebas hasta ahora..., yo no discuto; su nombre es bueno; pero no quiero que vayamos a quedar mal..., por las dudas..., ustedes me entienden.

ESTRELLA.—Compañero Salinas, debo decirle que su actitud no me parece revolucionaria.

CÉSAR.—Yo entiendo perfectamente al señor diputado..., y tiene razón. Vale más que nadie quede mal..., y que lo dejemos allí.

ELENA.—(Tomando la mano de CÉSAR y oprimiéndose la.) Gracias, César. (El sonríe; pero sería difícil decir por qué.)

GUZMÁN.—¿Ves lo que has hecho? (SALINAS no responde.) General, no se preocupe usted. Nosotros respondemos de todo.

ESTRELLA.—Mi general, yo estimo que usted no está en libertad de tomar ninguna decisión hasta que haya hablado con el señor Presidente.

CÉSAR.—(Desamparado, arrastrado al fin por la farsa.) ¿Debo hacerlo? Eso sería tanto como aceptar...

ELENA.—Escríbele, César; dale las gracias, pero no vayas.

ESTRELLA.—Señora, los escrúpulos del general lo honran; pero la revolución pasa en primer lugar.

GUZMÁN.—General, el Estado se encuentra en situación difícil. Todos sabemos lo que hace el gobernador, conoce

mos sus enjuagues y no estamos de acuerdo con ellos. No queremos a Navarro; él, un hombre sin escrúpulos, sin criterio revolucionario, enemigo del pueblo.

CÉSAR.—¿Y de ustedes?

GUZMÁN.—No es eso solo. Todos los municipios estamos contra ellos; en la última junta de presidentes municipales acordamos pedir la deposición del gobernador, y oponernos a que Navarro gane.

SALINAS.—Lo cierto es que el gobernador, igual que Navarro, excluyen a las buenas gentes de la región.

GARZA.—Son demasiado ambiciosos; han devorado juntos el presupuesto. Deben sueldos a los empleados, a los maestros, a todo el mundo; pero se han comprado ranchos y casas.

CÉSAR.—En otras palabras, ni el actual gobernado: ni el general Navarro les brindan a ustedes ninguna ocasión de... colaborar.

GUZMÁN.—¿Para qué engañarnos? Es la verdad, mi general. Es usted tan inteligente que no podemos negar...

ESTRELLA.—El señor presidente ve en usted al elemento capaz de apaciguar el descontento, de pacificar la región, de armonizar el gobierno del Estado.

GARZA.—Pero los que somos de la misma tierra vemos en usted también al hombre de lucha, al hombre honrado que representa el espíritu del Norte. ¿Dónde está el mal si queremos colaborar con usted? Usted no es un ladrón ni un asesino.

CÉSAR.—Nunca creyó César Rubio que la revolución debiera hacerse para el Norte o para el Sur, sino para todo el país.

ESTRELLA.—Razón de más, mi general. Ese criterio colectivo y unitario es el mismo que anima al señor Presidente hacia la colectividad.

ELENA.—(Cerca de CÉSAR.) No oigas nada más ya, César. Diles que se vayan..., te lo pido por...

CÉSAR.—(La hace a un lado. Pausa.) Señores, les agradezco mucho..., pero ustedes mismos, en su entusiasmo, que me conmueve, han olvidado que existe un impedimento insuperable...

ESTRELLA.—¿Qué quiere usted decir, señor?

CÉSAR.—Los plebiscitos seran dentro de cuatro semanas.

GUZMÁN.—Por eso queremos resolver ya las cosas.

GARZA.—En seguida.

SALINAS.—Por lo menos, aclararlas.

ESTRELLA.—Las noticias publicadas en los periódicos sobre la reaparición de usted son la propaganda más efectiva, mi general. No tendrá usted que hacer más que presentarse para ganar los plebiscitos.

CÉSAR.—El impedimento de que hablo es de carácter constitucional.

GUZMÁN.—No sé a qué se refiere usted, mi general. Nosotros procedemos siempre con apego a la Constitución.

CÉSAR.—(Sonriendo para sí.) Con apego a ella, todo candidato debe haber residido cuando menos un año en el Estado. Yo no volví a mi tierra sino hasta hace cuatro semanas. (Esto lo dice con un tono definitivo, casi triunfal. Sin embargo, sería difícil precisar qué objeto es el que persigue ahora.)

GUZMÁN.—Es verdad, pero...

SALINAS.—Eso yo lo sabía ya, pero esperaba a que el general lo dijera. Su actitud borra todas mis dudas y me convence de que es otro el candidato que debemos buscar.

GARZA.—(Tímidamente.) Pero, hombre, yo creo que puede haber una solución.

ESTRELLA.—Debo decir que el Partido considera este caso político como un caso de excepción..., de emergencia casi. Lo que interesa es salvar a este Estado de caer en las garras del continuismo y de los reaccionarios. La Constitución local puede admitir la excepción y ser enmendada.

SALINAS.—Olvida usted que eso es función de los legisladores, compañero.

ESTRELLA.—No solo no lo olvido, compañero, sino que el Partido ha previsto también esa circunstancia y cuenta con la colaboración de ustedes para que la Constitución local sea reformada.

SALINAS.—Esto está por ver.

GUZMÁN.—Hombre, Salinas...

ESTRELLA.—Creo que no es el lugar ni la ocasión de discutir...

CÉSAR.—(Pausadamente.) Existen antecedentes, ¿o no?

La Constitución Federal ha sido enmendada para sancionar la reelección y para ampliar los periodos por razones políticas. En lo que hace a las Constituciones locales, el caso es más frecuente.

SALINAS.—No en este Estado. Usted, que es del Norte, debe de saberlo.

CÉSAR.—(Sin alterarse.) Cuando, por ejemplo, un candidato ha estado desempeñando un alto puesto de confianza en el Gobierno federal, no ha necesitado residir un año entero en su Estado natal con anterioridad a las elecciones. Le han bastado unas cuantas visitas. Pero...

ESTRELLA.—Naturalmente, mi general. Los gobiernos no pueden regirse por leyes de carácter general sin excepción. Lo que el Partido ha hecho antes, lo hará ahora.

CÉSAR.—Solo que no estoy en esas condiciones. No fue un alto empleo de confianza en el gobierno federal lo que me alejó de mi Estado, sino una humilde cátedra de historia de la Revolución.

GUZMÁN.—Eso a mí me parece más meritorio todavía.

ESTRELLA.—Mi general, deje usted al partido encargarse de legalizar la situación. Ha resuelto problemas más difíciles, de modo que, si quiere usted, saldremos esta misma noche para México.

CÉSAR.—(Dirigiéndose a SALINAS.) La Legislatura local se opone, ¿verdad?

GARZA.—Perdone, mi general. El compañero Salinas no es la Legislatura. Ni que fuera Luis Catorce.

CÉSAR.—(A SALINAS.) Conteste usted.

SALINAS.—Cuando los veo a todos tan entusiasmados y tan llenos de confianza, no sé qué decir. Me opondré en la Cámara si lo creo necesario.

ESTRELLA.—Compañero Salinas, ¿no está usted en condiciones muy semejantes a las del general? Involuntariamente, por supuesto; pero recuerdo su elección..., la arregló usted en México.

SALINAS.—(Vivamente.) No es lo mismo. Estaba yo en una comisión oficial.

ESTRELLA.—Pues precisamente eso es lo que ocurre ahora con nuestro general. Ha sido llamado por el señor Presidente, lo cual le confiere un carácter de comisionado.

SALINAS.—Bueno, pues, en todo caso me regiré por la opinión de la mayoría.

ESTRELLA.—Es usted un buen revolucionario, compañero. Las mayorías apreciarán su actitud. (Le tiende la mano con la más artificial sencillez.)

ELENA.—(Angustiada.) He odiado siempre la política, César. No me obligues a..., a separarme de ti.

CÉSAR.—Señores, mi situación, como ustedes ven, es muy difícil. Ni mi esposa ni yo queremos...

ESTRELLA.—Señor general, el conflicto entre la vida pública y la vida privada de un hombre es eterno. Pero un hombre como usted no puede tener vida privada. Este es el precio de su grandeza, de su heroísmo...

CÉSAR.—¿Crees que estoy demasiado viejo para gobernar, Elena? Conoces mis ideas, mis sueños..., sabes que podría hacer algo por mi Estado, por mi país..., tanto como cualquier otro mexicano...

GUZMÁN.—¡Oh, mucho más, mi general!

CÉSAR.—Quizás, en el fondo, he deseado esta oportunidad siempre. Si me la ofrecen ellos libremente, ¿por qué no voy a aceptar? Soy un hombre honrado. Puedo ser útil. He soñado tanto tiempo con serlo. Si ellos creen...

ESTRELLA.—Mi general, la utilidad de usted en la Revolución, su obra, es desconocida de todos. Nadie duda de su capacidad para gobernar, ¿verdad, señores?

GUZMÁN.—Por supuesto. Nadie duda de que salvará al Estado.

GARZA.—Estamos seguros. Contamos con usted para eso.

ESTRELLA.—El Partido proveerá a usted, que ha estado un tanto alejado del medio, cuente en su gobierno con los colaboradores adecuados. ¿No es así, compañero Salinas?

SALINAS.—Claro está, compañero Estrella.

CÉSAR.—Comprende lo que quiero, Elena. ¿Por qué no? Pero nada haría yo sin ti.

ESTRELLA.—El señor Presidente, que es un gran hombre de familia, apreciará esta noble actitud de usted. Pero usted, señora, debe recordar la gloriosa tradición de heroísmo y de sacrificio de la mujer mexicana; inspirarse

en los nobles heroísmos de la Independencia y en ese tipo más noble aún si cabe, símbolo de la femineidad mexicana, que es la soldadera.

ELENA.—(Con un ademán casi brusco.) Le ruego que no me mezcle usted a sus maniobras.

MIGUEL.—(Apremiante.) Hay algo que no dices, mamá. ¿Por qué? ¿Qué cosa es?

JULIA.—Mamá, yo comprendo muy bien..., tienes miedo. Pero puedes ayudar a papá..., tal vez yo también pueda. Debemos hacerlo.

MIGUEL.—¿Qué cosa es, mamá?

JULIA.—Déjala; no la tortures ahora con esas preguntas. Mamá...

ELENA.—¡César!

CÉSAR.—(Mirándola de frente y hablando pausadamente.) Di lo que tengas que decir. Puedes hacerlo.

ELENA.—Tengo miedo por ti, César.

ESTRELLA.—Señora, de la vida de mi general cuidaremos todos, pero más que nadie su glorioso destino.

ELENA.—¡César!

CÉSAR.—(Impaciente, pero frío, definitivo.) Dilo ya, ¡dilo! (ELENA se yergue apretando las manos. En el momento en que quizá va a gritar la verdad, aparecen en la puerta derecha TREVIÑO y EMETERIO ROCHA. ROCHA es un viejo robusto y sano, de unos sesenta y cinco años. Todos se vuelven hacia ellos.)

TREVIÑO.—¿Cuál es?

SALINAS.—Tú lo conoces, ¿verdad, viejo?

ROCHA.—(Deteniéndose y mirando en torno.) ¿Cuál dices? ¿Este? (Da un paso hacia CÉSAR.)

CÉSAR.—(Adelantándose, después de un ademán de jugar todo a una carta.) ¿Ya no me conoces, Emeterio Rocha?

ROCHA.—(Mirándolo lentamente.) Hace tantos años que...

GUZMÁN.—El general lo conoce.

SALINAS.—Pero no se trata de eso.

ROCHA.—Creo que no has cambiado nada. Solo te ha crecido el bigote. Eres el mismo.

SALINAS.—¿Cómo se llama este hombre, viejo?

CÉSAR.—Anda, Emeterio, dilo.

ROCHA.—(Esforzándose por recordar.) Pues, hombre, es curioso. Pero eres el mismo..., pues sí..., el mismo César Rubio.

CÉSAR.—¿Estás seguro de reconocerme?

ROCHA.—(Simplemente, tendiéndole la mano.) ¿Pues no decían que te habían matado, César? (CÉSAR le estrecha la mano, sonriendo.)

TREVIÑO.—Allí viene una multitud. (Empiezan a oírse voces cuya proximidad se acentúa gradualmente.)

GUZMÁN.—Es claro. Todo el pueblo se ha enterado ya. Ahora sí, Salinas, se acabaron las dudas.

MIGUEL.—(Mirando a CÉSAR.) ¿Se acabaron?

SALINAS.—Ahora sí. Perdóneme, mi general. (CÉSAR le da la mano en silencio. Las voces se precisan. Dicen: ¡César Rubio! ¡Queremos a César Rubio!)

ESTRELLA.—Mi general, diga usted la palabra, diga usted que acepta.

ELENA.—César...

CÉSAR.—(Con simple dignidad.) Si ustedes creen que puedo servir de algo, acepto. Acepto agradecido. (JULIA lo besa. ELENA lo mira con angustia y le oprime la mano. MIGUEL retrocede un paso.)

GUZMÁN.—(Corre a la puerta derecha, grita hacia afuera.) ¡Viva César Rubio, muchachos! (Vocero dentro: ¡Viva! ¡Viva, jijos! Las mujeres corren a la ventana miran hacia afuera.)

JULIA.—Mira, papá, ¡mira! (CÉSAR se acerca.) Ese hombre del bigote negro es el que vino a buscarte antes.

ESTRELLA.—(Mirando también.) ¿Lo conoce usted, mi general?

CÉSAR.—(Después de una pausa.) Es el llamado general Navarro.

ROCHA.—Sirvió a tus órdenes en un tiempo. Creo que fue tu ayudante, ¿no? Pero el que nace para ladrón... (CÉSAR no contesta. Voces dentro: ¡César Rubio! ¡César Rubio! ¡César Rubio!)

GUZMÁN.—(Entrando.) Mi general, aquí fuera, por favor. Quieren verlo.

ESTRELLA.—(Asomándose y frotándose las manos.) Allí

vienen los periodistas también. (CÉSAR se dirige a la puerta. MIGUEL le cierra el paso.)

CÉSAR.—¿Qué quieres? (MIGUEL no contesta.) Parece como que tú no lo crees, ¿verdad?

MIGUEL.—¿Y tú?

ESTRELLA Y LA MULTITUD.—¡Viva César Rubio! ¡Viva nuestro héroe!

CÉSAR.—(Con un ademán.) Esa es mi respuesta. (Sale. MIGUEL va hacia ELENA y la toma por la mano, sin hablar. Fuera se oyen nuevos vivas.)

LA VOZ DEL FOTÓGRAFO.—¡Un momento, así, mi general! (Magnesio.) Ahora una estrechando la mano del licenciado Estrella. ¡Eso es! (Magnesio.) Ahora con la familia. (Vivas.)

CÉSAR.—(Asomando.) Ven, Elena; ven, Julia, ¡Miguel! (ELENA se acerca, él le rodea su talle con un brazo, la oprime.) ¡Todo contigo! (Salen. JULIA los sigue. Nuevos vivas adentro. MIGUEL queda solo, dando la espalda a la puerta y a la ventana de la derecha, y baja pensativo al primer término centro. Se vuelve a la puerta desde allí. El ruido es atronador.)

LA VOZ DE CÉSAR.—(Dentro.) ¡Miguel, hijo! (MIGUEL se dirige a la izquierda con una violenta reacción de disgusto. mientras afuera continúan las voces y se oyen algunos cohetes o balazos, y cae el

TELON

ACTO TERCERO

Cuatro semanas después, cerca de las once de la mañana, en la casa del profesor CÉSAR RUBIO. La sala tiene ahora el aspecto de una oficina provisional. Hay un escritorio; una mesa para máquina de escribir, con su máquina; papeles y libros amontonados. Hay un rollo de carteles en el suelo, junto a los arcos del comedor. Uno de ellos, desplegado, muestra la imagen de CÉSAR RUBIO con la leyenda «El Candidato del Pueblo.» En esta improvisación y en este desorden se advierte cierta ostentación de pobreza, una insistencia de CÉSAR RUBIO en presumir de modestia.

Instalado ante el escritorio, ESTRELLA despacha la correspondencia. GUZMÁN, sentado en un sillón de tule, fuma un cigarro de hoja. SALINAS fuma también, recargado contra la puerta derecha.

ESTRELLA.—Un telegrama del señor Presidente, señores. (Los otros vuelven la cabeza hacia él. Lee:) «Deseo que en los plebiscitos de hoy, el pueblo premie en usted al héroe de la Revolución. Punto. Si no fuera así, su colaboración me será siempre inestimable. Punto. Ruégole informarme inmediatamente resultado plebiscito. Punto. Afectuosamente.» (Deja el telegrama; actúa.) Este es un documento histórico, único.

GUZMÁN.—Ganaríamos de todos modos, aunque el Presidente no quisiera. No se ha visto un movimiento semejante en el pueblo desde Madero. El general se ha echado a la bolsa a todo el mundo.

ESTRELLA.—Es un hombre extraordinario. Sabe escuchar, callar, decir lo estrictamente preciso, y obrar con una energía y una limpieza como yo no había visto nunca. Pero es preferible contar con el apoyo del Centro. ¿No es verdad, compañero Salinas? (SALINAS mueve la cabeza afirmativamente.) Al señor Presidente lo conquistó a las cuatro palabras. Y aquí, ya ven.

SALINAS.—Nunca en mi vida política vi un entusiasmo

semejante. Los plebiscitos están prácticamente ganados; pero yo no estoy tranquilo.

GUZMÁN.—Otra vez. Ya le llaman dondequiera diputado, por las dudas.

ESTRELLA.—¿Qué quiere usted decir?

SALINAS.—(Abandona su posición y entra, cruzando hacia el primer término centro.) Quiero decir que corren rumores muy feos. En todo caso, Navarro no es hombre para quedarse así no más. Hay que tener mucho cuidado, y sería bueno que el general se armara, por las dudas.

GUZMÁN.—¿No te digo? Primero lo convencerías de renunciar que de portar pistola, hombre. No es como nosotros. Además, yo tengo establecida una vigilancia muy completa. No pasará nada.

SALINAS.—Ojalá. Estoy convencido ya de que el general es un gran hombre—el más grande de todos—y debe llevarnos a donde necesitamos ir. Es preciso que no pase nada, Epigmenio.

GUZMÁN.—¡Qué va a pasar, hombre!

ESTRELLA.—(Levantándose.) El compañero Salinas tiene lo que llaman los franceses una «idée fixé». (Lo miran.) Quiere decir la idea fija. Me gustaría que se explicara. Los plebiscitos deben empezar a las once y media... (Ojeada al reloj.) Tenemos el tiempo de llegar apenas. Explíquese, compañero.

SALINAS.—Hombre, en primer lugar, Navarro ha dicho por ahí que el general no ganará mientras él viva. (GUZMÁN emite un sonido de burla.)..., y luego... (Se detiene.)

GUZMÁN.—¿Qué, pues? Hable ya.

SALINAS.—Ha dicho que él tiene medios de... probar que el general es un impostor, ¡vaya! (Se enjuga la frente. GUZMÁN ríe a carcajadas.)

ESTRELLA.—Creo que tendré que hablar unas palabras con el general Navarro, en nombre del partido.

GUZMÁN.—Ese te ganó, Salinas.

SALINAS.—Basta que Navarro lo diga para que nadie lo crea. De todos modos hay que ponerse muy águilas.

ESTRELLA.—¿Quieren que les diga mi opinión muy franca, señores?

GUZMÁN.—A ver.

ESTRELLA.—Si el general Navarro viera un poco más de cerca al general Rubio, le pasaría lo que a todos los demás, lo mismo que a usted, Salinas.

SALINAS.—¿Qué?

ESTRELLA.—Se volvería rubista. (Los otros ríen.) Hablo en serio. El general Rubio tiene un magnetismo inexplicable. Yo sé, por ejemplo, que el presidente del partido es un hombre difícil. Bueno, pues en media hora de plática, parecía que se había enamorado de él. (GUZMÁN ríe satisfecho.)

SALINAS.—¿Y Garza? ¿No debía venir a las diez y media?

GUZMÁN.—Garza está allá, acabando de arreglar todo lo necesario. Allá lo veremos.

SALINAS.—¿Y Treviño?

ESTRELLA.—Tiene que ayudar a Garza.

SALINAS.—Pero ya debían estar aquí, ¿no?

GUZMÁN.—¡Qué nervioso estás! ¡Ni que fueras el candidato!

ESTRELLA.—Así les pasa en las bodas a las damas de la novia. Se anticipan.

SALINAS.—Digan lo que quieran. Yo no estaré tranquilo hasta ver al general en el palacio del gobierno. Por las dudas.

GUZMÁN.—Cállate. Ahí viene. (Se oyen los pasos de CÉSAR en la escalera. Los tres hombres se reúnen para saludarlo. Entra CÉSAR RUBIO. En estas cuantas semanas se ha operado en él una transformación impresionante. Las agitaciones, los excesos de control nervioso, la fiebre de la ambición, la lucha contra el miedo, han dado a su rostro una nobleza serena y a su mirada una limpidez, una seguridad casi increíble. Está pálido, un poco afilado, pero revestido de esa dignidad peculiar en el mestizo de categoría. A pesar del calor, viste un pantalón y un saco de casimir oscuro; una camisa blanca y fina y una corbata azul marino de algodón. Lleva en la mano un sombrero de los llamados tejanos, blancos, «cinco equis», que ostenta el águila de general de división. Este sería el único lujo de su nueva personalidad, si no se considerara en pri-